

El diccionario de que nos ocupamos constituye un indispensable instrumento de trabajo para todos los cultivadores de las doctrinas filosóficas.—ENRIQUE MOLINA.



MAÑAS CRIOLLAS, por *Galvarino Cuzmán*

En más de treinta cortos capítulos un bien inspirado moralista exhibe y fustiga los principales defectos de nuestra gente. Tal es en conjunto el libro con cuyo título encabezamos éstas líneas. Son breves cuadros animados y hechos en estilo sencillo y directo por un buen observador de vasta experiencia. Por lo acertado de los rasgos que diseña podría llamarse también el libro «Notas para una psicología del pueblo chileno en la época actual» o «Análisis espectral de Chile en nuestro tiempo». Son páginas de lectura fácil y agradable que en muchas de sus pinturas toman relieves notables.

De acuerdo con el título, predominan naturalmente los rasgos sombríos en el panorama que nos presenta Galvarino Guzmán. La impresión suele ser deprimente. Pero no se puede acusar al autor ni de exageración ni de falsedad. Limpio y claro resalta su buen propósito y no es pesimista. Deplora que no aprovechemos debidamente nuestras posibilidades de progreso y confía en la educación para que lo hagamos y borremos nuestras máculas. De todo el libro brota un clamor constante a fin de que imperen entre nosotros la verdad, la honradez, el sentimiento de responsabilidad y la perseverancia en el trabajo. Es un libro de mérito que debe leerse.—E. M.



<https://doi.org/10.29393/At237-32HULY10032>

HUIPAMPA, de *Nicasio Tangol*

«Tierra de Sonámbulos», subraya el autor bajo el membrete indígena. Está bien la advertencia para quienes pidiesen claridad de cielo sureño y expandido equilibrio de almas a medida

que la curiosidad va volviendo páginas y páginas. El título se traduce por «dar vueltas, girar sobre la tierra» y lo cierto es que desde que pisamos la gran isla llevados por la frase gris, nudosa, a veces saludable y fuerte, a veces incierta, del autor, una atmósfera insospechada, ahita de nubes, de imágenes turbias, de seres doblegados y vacilantes, de temores y presagios, cierra nuestro espíritu.

Es inútil querer zafarse de esta envoltura, desgarrar esta penumbra poblada por una fauna maléfica que acecha a las pobres almas isleñas apenas el instinto suelta sus ligaduras y se acerca al contacto de la libre naturaleza. A cada instante el aire es más denso y las sombras del crepúsculo y la noche se adueñan de la vida humana. Este sopor de angustia domina el campo chileno en general y es su motivo subconsciente. Pero en la isla, de este pavoroso Huipampa, las vidas están expuestas a las malas jugadas de los espíritus y los brujos a toda hora, y hasta cuando el sol brilla sobre los charcos tras la reciente lluvia, hombres y mujeres han de precaverse de los demonios chicos y grandes que andan sueltos por lomas y pajonales, playas y lagunas.

Un círculo que oscila entre la vida y la muerte oprime y empuja los días y las noches de estos isleños. La dura existencia los lleva desde las tierras labradas, donde a veces la cosecha se pierde, a la playa donde las «vaciantes» dejan cosecha milagrosa de mariscos. Las enfermedades y la muerte ocupan mucha parte en la vida del isleño y marcan su carácter, que es el carácter del libro que comentamos. La holgada alegría, tramsunto de almas libertadas del terror creado por el hombre, no brilla en la isla. Resuena estridente la risa del borracho o la del «poseído por el diablo», que no es otro que el enfermo, epiléptico o demente, un producto de la colonización española y del tráfico de los actuales comerciantes del litoral.

El escritor mueve bien este péndulo de la vida y la muerte en medio de las afebradas sombras del sexo fustigado y de la

superstición. ¿Qué otra cosa es la vida animal sino el hartazgo del estómago que lleva al abrazo brutal? El curanto cargado de marisco, la matanza del chanco y las borracheras bestiales enhebran los días isleños con la pesca, la cosecha y la molienda del trigo o de la manzana. En cada alternativa la hembra se mueve sumisa y miedosa, llevando en sus ojos oscuros y húmedos la tentación y los terrores de las sombras.

Tangol ha llevado bien el tema entre tanta tiniebla palpitante que amenaza ahogarlo. La desgracia de ese pobre don Sixto, que tras vicisitudes propias del isleño se queda ciego y miserable, se enhebra naturalmente con la tragedia que parecería absurda si no se respirase en el libro este aire de pesadilla y fiebre. Las últimas páginas nos dan la imagen de un don Sixto pordiosero que se sacia en su nieta, la triste y precoz Pincoya, para acabar su vida en el mar, arrastrado por un «cuerpo» o «manta» voraz.

Como se puede advertir, la realidad, exaltada por una naturaleza bravía — temporales en tierra y mar — se sumerge y bracea en la leyenda.

Podríamos decir que hay exceso de ambiente, para un débil caudal narrativo, lo que hace del libro un simple aunque vigoroso telón folklórico realizado con brochazos impresionistas al claroscuro, lo que le priva del colorido esencial y el relieve que nos han dado otros libros regionales. Color y relieve se insinúan en lo puramente regional y pintoresco, y estos cuadros definen el espíritu de ese pueblo ceñido por el misterio de su pasado. Los capítulos «El Trhauco», «El Caleuche», «El Curanto», etc., cobran vida hasta romper la tónica sombría. El El Trhauco es un ser brutal que se encarna en una especie de macho de piernas arqueadas y espesa crin, y sorprende a las mujeres en el campo para poseerlas.

Si hay páginas convincentes éstas son las que nos ofrecen la vida y muerte del potro Coché Omingo y las que nos dan la

imagen de la Pincoya. Así, creemos que Tangol nos dará más adelante un libro que habrá de superar nítidamente al que, sinceramente, comentamos.—LAUTARO YANKAS.



DOCE ENSAYOS, por *Ricardo A. Latcham*

Las Ediciones de la Semana Literaria presentan como primer volumen de sus publicaciones los «Doce Ensayos» de Ricardo A. Latcham.

La solvencia literaria del autor y la excelente presentación del libro se conjugan para crear estímulos de lectura y de posible deseo de interpretación crítica.

En su obra actual Latcham ha recogido algunos ensayos de reciente originalidad y otros que ya nos eran conocidos a través de las columnas de la prensa. Se trata, pues, de un trabajo en el que se hallan concertados, en función de un título, páginas de auténtica creación y esbozos perfectamente logrados de exégesis literaria. La función del lector debe ser doble, por consiguiente. En primer término, interpretar al escritor en sus derroteros originales, después situar al «crítico» intelectual y estéticamente para aceptar o negar sus procedimientos en su forma o en su contenido.

En los dos primeros ensayos, «Elogio de Coquimbo» y «Meditación del ají», el autor nos traza un diseño geográfico y ligeramente histórico, animado boceto de mar, cielo y tierra, en que los grupos étnicos se destacan en sus contornos exactos, ágiles, desprovistos de toda adjetivación complicada e innecesaria. La esencia de una región y el resultado de una meditación de perfiles poéticos y realistas quedan sintetizados en unas frases rápidas. «Coquimbo equilibra su riqueza en el contrapunto de lo agrario y de lo minero». Provincia «que supo fundirse en el crisol de uno de los mestizajes más sutiles». Y la medita-